

# La Guerra contra la Sociedad y el Medioambiente\*

Edinson Muñoz Ciro\*\*

## Resumen

La guerra en sus múltiples manifestaciones está destrozando no solamente a las poblaciones víctimas sino también las riquezas naturales que conforman los ecosistemas y de los cuales depende la vida del planeta en su conjunto. En nuestro país, el conflicto armado y la violencia que han afectado durante décadas las comunidades y el territorio, han provocado el desplazamiento de poblaciones y el despojo de tierras a favor de macroproyectos motivados exclusivamente por el lucro, y han incrementado la presión devastadora sobre la biota y los ecosistemas. Esta violencia es la expresión de una cultura profundamente arraigada en el ser humano, que se ha manifestado a lo largo de la historia en múltiples episodios de destrucción, y que, en el caso colombiano, es la continuidad de los crímenes contra la humanidad y la naturaleza cometidos durante la Conquista por los españoles. Si queremos ir construyendo una cultura y una sociedad de paz, es necesario descifrar las justificaciones de la guerra y develar el trasfondo de un desarrollo que nos impone un modelo de saqueo y explotación.

## War against Society and the Environment\*

### Abstract

War in its manifold expressions is destroying not only victim populations but also natural riches making up ecosystems, and on which life as a whole relies. In Colombia, armed conflict and violence have affected communities and territory for several decades; they have caused populations to be displaced and lands to be spoiled in favor of macro projects exclusively driven by profit, and have increased the devastating on biota and ecosystems. This violence is an expression of a culture that is deeply rooted in human being, that has been manifested throughout history in manifold events of destruction, which, in the Colombian case, means a continuation of crimes against mankind and nature, which were committed by Spaniards during the Conquest. If we want to start building a peaceful culture and society, we need to decipher justifications for war and unveil the background of some development imposing a model of pillage and exploitation on us.

*\* Artículo basado en las ponencias presentadas por el autor en la sesión ordinaria del 31 de octubre de 2012 de la Honorable Asamblea de Antioquia, en el marco del debate sobre el proceso de paz y la necesidad de promover el diálogo social y político por la paz en Colombia; y en la jornada de reflexión realizada el 8 de octubre de 2012 sobre la génesis de nuestra sociedad, el origen de la cultura paisa y la configuración de nuestro territorio, en la que se condecoró con la Orden al Mérito Cívico y Empresarial "Jorge Robledo", grado Oro, al profesor Ricardo Saldañriaga Gaviria, por toda una vida de investigación y compromiso, compendiados en el libro El Origen de los Paisas.*

*\*\* Biólogo, Magíster en Bosques y Conservación Ambiental. Cofundador de la Revista Ambiental ÉOLO y de la Fundación Con-Vida. Diputado de la Asamblea de Antioquia 2012-2015.*

### Palabras clave:

Conquista, crímenes contra la humanidad, violencia, derechos humanos, exterminio, explotación, sociedad, naturaleza, conflicto armado, paz.

### Keywords:

Conquest, crimes against humanity, violence, human rights, extermination, exploitation, society, nature, armed conflict, peace.

## Introducción

Con el presente artículo queremos aportar algunas reflexiones sobre la guerra y la paz y, así sea de manera muy general, sobre los impactos de las conflagraciones bélicas en los pueblos y en el medioambiente, con especial atención al conflicto que, sin interrupción desde la mitad del siglo XX, ha azotado a los colombianos y desgarrado nuestro territorio. Como eje conceptual del análisis, proponemos una interpretación de esta violencia como una consecuencia de la guerra iniciada hace 520 años por los invasores ibéricos contra las sociedades aborígenes, en aras de conquistar nuevas tierras. Desde esta perspectiva, consideramos que este conflicto armado fratricida es una expresión más de los crímenes contra la humanidad y la naturaleza cometidos durante la Conquista, y que las sucesivas élites que determinan nuestro devenir histórico han perpetuado hasta el presente bajo la misma lógica, expresando con ello una vocación tanática y ancestral contra la vida.

Esperamos además contribuir a una mayor comprensión de los efectos de la guerra sobre las comunidades y los ecosistemas de las localidades donde sucede esta tragedia, y sobre la vida del planeta en su conjunto. Tal vez estas reflexiones nos ayuden a obtener mayor conciencia y claridad para avanzar en la construcción de la paz que demanda nuestra supervivencia en el devenir incierto de la vida, más aún en la coyuntura del proceso de negociación que hoy adelanta el gobierno nacional de Colombia con la insurgencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–, y al cual es necesario incluir al Ejército de Liberación Nacional –ELN–.



Manuel Ibáñez. *Victoria de Hernán Cortés sobre los Aztecas en la Batalla de Otumba* 1890, Oleo sobre Lienzo.

Que este artículo sea también la oportunidad de hacer un reconocimiento a las innumerables personas que, durante décadas, han trabajado de manera valerosa, incansable y honrada para construir una conciencia de paz, libertad, equidad y derecho y para aportar información, conocimiento y comprensión sobre nuestro pasado, presente y futuro. Sin ellas, permaneceríamos en los lugares comunes del facilismo intelectual y sometidos a la preeminencia de la tesis aceptada por la gente “docta” de cada época. Gracias por su compromiso con la construcción de esta patria inconclusa; de esta nación en ciernes; de esta república aún perpleja en los avatares de la geopolítica y la micropolítica; de esta sociedad que se niega a disfrutar su mestizaje; de esta comunidad aún herida por las indefinidas guerras declaradas a la América cobriza, a la África negra, a la Europa trigueña, a la Asia amarilla, a la Australia morena, a la gente oprimida de todas las pelambres, a tus y a mis antepasados, sobrevivientes

de todas las desgracias y, aun así, portadores de las presentes y futuras esperanzas. Gracias por recordarnos que las gentes somos a la vez hermanos y extraños, amigos y excluidos, parteros y matones, conquistados y vencedores, víctimas, actores y relatores del genocidio étnico, la muerte cultural y la devastación ambiental ocurridos ayer, pero que hoy siguen ocurriendo con mayor fuerza, y con la complicidad tácita del Estado con el que proyectamos nuestro futuro colectivo. Siempre será deber recordarnos que el futuro se construye en la cotidianidad de nuestras acciones presentes.

### **La guerra: expresión tanática de la cultura prehomínida**

La guerra tiene muy diversas manifestaciones y, hasta donde nos es posible escudriñar la memoria, hace parte de la desventura y tragedia humanas en todas las latitudes en que esta especie prodigiosa ha marcado su destino. Más aún, estudiosos del comportamiento humano presentan la guerra como una



pulsión de muerte en estrecha relación con nuestra condición de animales que, afortunadamente, tenemos la capacidad de domeñar mediante la educación, para orientar nuestra sociedad hacia una mayor conciencia y un respeto auténtico de la existencia cósmica, de su misterio y de la trascendencia humana.

Los textos más antiguos hacen referencia a violaciones del derecho sagrado a la vida, que ahora forma parte inherente de los modernos derechos humanos. Las escrituras bíblicas hacen numerosas alusiones a masacres justificadas por las órdenes de un dios todopoderoso, y perpetradas con el único propósito de exterminar a las poblaciones que el pueblo elegido había encontrado en la tierra prometida. Recordemos también la terrible masacre de miles de recién nacidos con la cual inició la era cristiana, ordenada por Herodes, un monarca judío que, aunque vasallo del Imperio Romano, no podía tolerar la hipotética amenaza de un niño indefenso a su autoritarismo dictatorial.

Son innumerables los ejemplos de la violencia humana. En las antiguas África y Asia, pero especialmente en la América precolombina, era común la práctica del sacrificio humano para saciar el hambre de las deidades. El Antiguo Testamento relata que, de no ser por el mismísimo Dios, el patriarca Isaac habría sacrificado a su propio hijo primogénito para honrar a su divinidad. En América, los sacerdotes de las ciudades y asentamientos mayas y aztecas, entre muchos otros de los que no tenemos memoria, demandaban un constante flujo de prisioneros capturados en las guerras que llevaban con sus vecinos, u otorgados como tributo por los pueblos ya conquistados, para sacrificar a sus

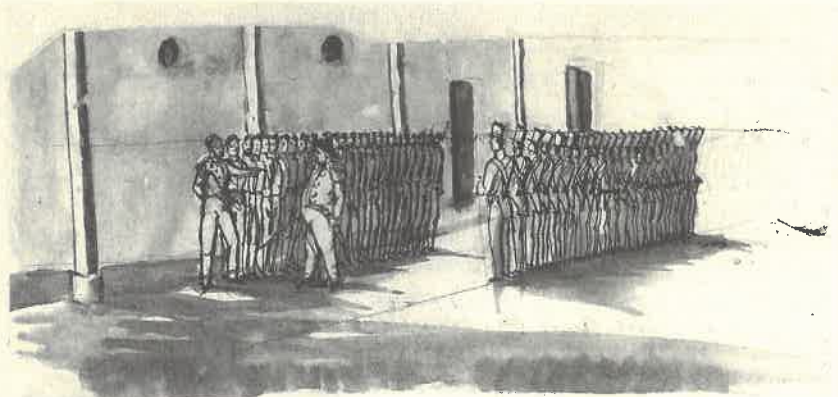
deidades hambrientas de sangre y de corazones palpitantes. En Tenochtitlán, la capital azteca, hoy Ciudad de México, sacrificaron en tres días y tres noches a más de quince mil personas durante la pomposa inauguración del templo del sol construido en la segunda mitad del siglo XV; más adelante, para que sus divinidades les permitieran comprender el significado de la llegada de los españoles a su territorio, sacrificaron tan gran cantidad de personas que prácticamente crearon un arroyo con la sangre vertida por las víctimas.

Durante siglos, desde la antigüedad más remota hasta muy avanzado el siglo XIX, la esclavitud fue considerada como una actividad comercial lícita derivada del derecho de los vencedores a disponer a su amaño de la vida de los vencidos en las contiendas bélicas, que se declaraban con el único propósito de capturar y utilizar comunidades enteras como fuerza de trabajo gratuita para incrementar sus riquezas. De la conquista, el pillaje y la esclavitud de los vencidos en la guerra derivaron su esplendor,

entre muchas otras, las antiguas civilizaciones de Egipto, Grecia y Roma. Durante el llamado medioevo, la captura de personas para someterlas como esclavos fue una actividad económica común de las sociedades árabes. Y posteriormente a la conquista de América por los ejércitos de su muy católica majestad, la reina Isabel de Castilla, entre los siglos XV y XIX, fueron arrancados contra su voluntad para ser transportados a las tierras del nuevo mundo aproximadamente 100 millones de esclavas y esclavos africanos. Los que llegaron, especialmente jóvenes y adultos, fueron los sobrevivientes de las multitudes de seres humanos que los ejércitos oficiales, paraoficiales, mercenarios, asociados o clientes de las nobles cortes europeas y árabes persiguieron y capturaron sin clemencia, destruyeron en su condición de comunidades, cazaron como animales sin derechos, redujeron a la condición de mercancías, marcaron como tales y tranzaron en los mercados negreros como cosas, seres sin alma, aunque humanos al fin y al cabo y, como



José María Espinosa Prieto. *Batalla del río Palo* 1850, Óleo sobre Tela.



*Jose María Espinosa Pielto en los calabozos de Popayán cuando fue guillotinado para ser fusilado a bordo de 1916. Cuatro picados por el mismo en el calabozo.*

Jose María Espinosa. Calabozos de Popayán 1816, Dibujo.

tales, capaces de aprender los más diversos oficios y trabajar en toda suerte de condiciones, incluso como máquinas sexuales para reproducir más y más mercancía humana.

La reducción del enemigo humano a la condición de animal comestible fue una peculiaridad en las cruzadas cristianas emprendidas desde la sacra Europa para retomar el control católico sobre la ciudad de Jerusalén. Ante la escasez de carne, este uso de la gente sometida por las armas fue también el hecho de los antiguos vikingos en sus intentos por establecerse en las tierras que hoy llamamos América, y constituyó asimismo una causa constante de contiendas contra las comunidades vecinas por parte de los caribes, pipintacs y catíos, entre muchos otros pueblos amerindios.

**La guerra, ficción y proyecto histórico de dominación social**

La idea de que en la guerra todo vale aún es vigente en nuestra época. Y ello a pesar de que las atrocidades de las dos guerras

mundiales del siglo XX obligaron a las potencias a establecer dentro de sus fronteras el Estado Social de Derecho y a reconocer los Derechos Humanos como consustanciales de esta forma de organización. Hasta hace muy pocas décadas, todavía se consideraba normal en el derecho internacional y en el trajecto bélico de los Estados que se asesinara sin discriminación a la población civil.

Prueba de ello fue el exterminio del pueblo armenio a manos del imperio otomano a finales del siglo XIX. Asimismo lo fueron los bombardeos sistemáticos practicados por los ejércitos contendores en las guerras de la primera mitad del siglo XX; la invasión alemana de la Unión Soviética, con sus operaciones de matanza en masa; los campos de exterminio nazis, soviéticos y japoneses con sus millones de vida segadas; el bombardeo de Dresde, en 1945, con sus más de treinta mil víctimas en una sola noche; la utilización de la bomba atómica contra las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, y con ello el asesinato instantáneo o consecutivo de más de doscientas

mil personas. En fin, los cien o más millones de personas muertas de frío, hambre y enfermedad, o bajo bombas, fusiles y bayonetas en la Segunda Guerra Mundial. Y, posteriormente, la muerte diseminada con precisión tecnológica en Corea, Vietnam y China; las matanzas sistemáticas y a gran escala en Colombia, India, Camboya, Ruanda, Congo, Chechenia y Guatemala; el sacrificio de población civil en Irak, Afganistán, Palestina, Siria y Libia, y en tantas otras naciones ignoradas o menos mencionadas por los sesgados medios de comunicación. Las acciones de los poderes armados para acumular riqueza configuraron eventos recientes, característicos de la globalización, y también reacciones nacionalistas como los dolorosos acontecimientos de limpieza étnica en la antigua Yugoslavia, en Timor y Sri Lanka. El arrasamiento de comunidades étnicas continúa ocurriendo de manera poco divulgada en todo el mundo, incluso en Colombia, donde están a punto de extinguirse más del 20% de las 82 comunidades étnicas prehispánicas que aún sobreviven, de las 420 que existían a la llegada de los militares españoles. La guerra, la triste guerra que asola la vida aquí y allá; la guerra que siembra odio, miedo y destrucción. La guerra, ese horrible monstruo que beneficia a unos cuantos que, con maña, la promueven para incrementar, como los antiguos esclavistas, sus botines y fortunas. Al final de la década de los cuarenta y durante la década de los cincuenta, por la misma época en que las sociedades industriales de Asia y Europa, que habían provocado la tragedia generalizada de la Segunda Guerra Mundial, disfrutaban la esperanza de la posguerra tras



el fin del conflicto, campeaba en nuestra patria colombiana una de las más profundas violencias agenciada por el Estado, o tal vez por los Estados. Nunca sabremos con exactitud cuántas víctimas produjo la maldición colectiva provocada por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y la solución que la élite gobernante dio a la insurrección popular que le siguió, pues enlutaron y destruyeron la vida de centenares de miles de hogares; desocuparon los campos de manera generalizada y provocaron un desplazamiento masivo hacia pueblos y ciudades que aún no se ha detenido; destruyeron comunidades ancestrales; sumieron en la desdicha y la incertidumbre a varias generaciones de inocentes a quienes se culpabilizó por las creencias de sus progenitores y se castigó con la orfandad, el desarraigo, la miseria y la muerte precoz; provocaron el surgimiento de los ejércitos insurgentes con los que hoy el Estado colombiano conversa sobre la paz. Al mismo tiempo, con la guerra crecían y siguen creciendo las haciendas con las

tierras de los expulsados, se expandía y se sigue expandiendo la frontera agropecuaria, y aumentaba y sigue aumentando la marginación de comunidades perseguidas que optaron por colonizar la selva en desmedro de sus habitantes ancestrales y de los ecosistemas.

### El conflicto armado en Colombia, continuidad de la guerra iniciada en el siglo XV con la conquista española

La conquista de las tierras y civilizaciones de América por parte de los europeos es tal vez la catástrofe humanitaria y la tragedia demográfica de mayor proporción en la historia de la sufrida humanidad. Los ejércitos españoles practicaron de manera indiscriminada masacres y genocidios contra estos pueblos, negándoles su pertenencia a una condición humana compartida. Las matanzas generalizadas; los desplazamientos de comunidades; la eliminación sistemática de líderes; la coacción económica de la población; la violación, apropiación y

amedrantamiento de las mujeres; el despojo y la destrucción de los medios de subsistencia de la gente del común; el secuestro y reclutamiento de la población infantil y juvenil; la negación y criminalización de las prácticas sociales ancestrales; la usurpación violenta de los bienes básicos..., en fin, la subyugación inherente a la conquista violenta ejercida sobre los aborígenes de estos territorios, son prácticas de guerra que aún siguen vigentes en la cotidianidad de nuestra patria.

¿Quiénes habitaban estas tierras que hoy trasegamos? ¿Cómo eran, de dónde provenían, qué sabían y qué creían? ¿Cómo fue ese encuentro brutal entre sociedades, que parió lo que somos ahora? ¿Y cómo fue el dolor y la ignominia de los millones de africanas y africanos humillados y vejados en su dignidad, que fueron trasladados como esclavos, animales sin derechos, desde sus dominios en África a estas tierras de empresarios europeos? Ya lo mencionamos: estamos convencidos de que las interminables guerras internas en Colombia expresan una herida social aún sin sanar, y que sigue abierta tras más de cinco siglos de conquista.

La reflexión sobre nuestro origen nos insta a preguntarnos sobre las relaciones entre personas, grupos y sociedades; sobre los derechos humanos en todos los tiempos y civilizaciones; sobre los crímenes contra la humanidad realizados en nombre de ideales tan nobles como el cristianismo, el socialismo y el comunismo, y sobre el despojo y el pillaje con el que los conquistadores arrasaron el territorio y el patrimonio indígenas, y que aún hoy practican los actores armados sobre las comunidades que victimizan. También nos obliga a pensar sobre nuestro presente y destino.



José María Espinosa. *Batalla de Tacines*. 1814, Óleo sobre lienzo.



Otto Dix. *Tropas de Asalto Bajo el Gas* 1924. Dibujo.

¿Seguiremos siempre prisioneros de la injusticia y las inequidades? ¿Hasta cuándo el presupuesto para la muerte será mucho, pero mucho mayor al dinero público y privado invertido para sanar y enaltecer la vida? ¿Cómo lograr que el Estado Social de Derecho sea realidad en Colombia, que en verdad se garantice la vida y la honra de todas las personas, que se respete y reconozca en su íntegra dignidad a las etnias y grupos que lograron sobrevivir a la atroz masacre perpetrada contra la población aborígen amerindia, y que se rescate de la muerte los ecosistemas y especies que nuestro modelo de desarrollo fallido ya extinguió o está a punto de desaparecer de la faz de este planeta vivo y único en el universo?

### **Inequidad, violencia y guerra contra el medioambiente y la vida**

Cabe preguntarse: ¿Si con la gente se han cometido y aún se cometen tantos crímenes y ofensas de lesa humanidad, qué no se habrá hecho, se hace y se hará con los seres no humanos,

con las plantas, los animales y el conjunto del ambiente?

La guerra tiene graves efectos sobre los ecosistemas. Tan solo para darnos una idea, vale recordar que la destrucción del medioambiente ha sido usada de manera reiterada como arma en la guerra militar y comercial.

En la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, el gas mostaza y el bombardeo de artillería fueron utilizados masivamente para asesinar a gran escala los combatientes adversarios, y con ello se exterminó también la flora y fauna de los sitios asolados. Durante la invasión nazi, la Unión Soviética destruyó amplias áreas de cultivos para cortar los abastecimientos de alimentos y provocar una hambruna entre las tropas invasoras, y con ello exterminó la flora y fauna silvestres asociadas. En la guerra de Vietnam, el ejército norteamericano arrojó de manera sistemática bombas de napalm para incendiar las extensas selvas en las que se refugiaban las tropas del Vietcong. Durante la guerra provocada contra Irak luego de la invasión de Kuwait por ese país, el ejército iraquí decidió

incendiar los campos petroleros para impedir la visibilidad de la aviación y defenderse de la artillería de los contrincantes liderados por Estados Unidos. En la última guerra entre Argentina e Inglaterra por el control de las islas Malvinas, las batallas navales provocaron una mortandad sin precedentes en los animales marinos de la región. Y lo mismo puede decirse de cualquier combate o bombardeo, ya que la acción mortífera de los artefactos empleados es indiscriminada.

En Colombia, durante la época de la violencia bipartidista de la mitad del siglo XX, fue usual el envenenamiento del agua para eliminar a los adversarios. A finales de este siglo, en la guerra emprendida por los ejércitos paramilitares contra la subversión, una práctica común fue la eliminación de los bosques en los territorios controlados por estas fuerzas. En la lucha contra los cultivos ilícitos, se continúa aún hoy con la aspersión aérea y masiva del defoliante glifosato, el cual es de acción generalizada y provoca la muerte de la flora silvestre y la contaminación química de la fauna de la zona fumigada.

En el caso colombiano, donde gran parte de las acciones bélicas ocurren en la selva, los ejércitos presionan la fauna silvestre al cazar a los animales, bien sea por temor, para consumirlos o simplemente como mascotas. El efecto se incrementa con la acción de los perros que acompañan a las tropas, pues en las circunstancias adversas de supervivencia, estos tienen que cazar sus propios alimentos. Pero los mayores impactos son generados por las obras de infraestructura, como las vías que se construyen en las selvas y páramos, los campamentos y las operaciones de tropas, que



no solo provocan la alteración del ecosistema y la eliminación de la biota silvestre, sino también el desplazamiento de comunidades y el despojo de las tierras a favor de macroproyectos públicos o privados motivados exclusivamente por el lucro. De esta forma, la guerra permite a los sectores dominantes de la sociedad y de la economía global y nacional liderar macroprocesos que incrementan la explotación de los recursos naturales con todas las consecuencias negativas que ello implica. La guerra estimula la colonización, favorece la eliminación de la selva, y extermina de paso la abundante diversidad de seres vivos allí existentes, para establecer cultivos transitorios y pastos que expanden la frontera agropecuaria.

Pero lo más grave para el medioambiente y la sociedad es lo que alimenta la guerra y acontece a diario por fuera de los campos de batalla. Se trata de la inequidad, la violencia cotidiana y la corrupción que sumen a la mayoría de la población en la miseria, la pobreza, la marginalidad y la postración, y la obligan, si es del caso, a vender su alma al diablo y a explotar del modo que sea y para cualquier fin, los recursos naturales renovables y no renovables presentes en su ámbito de actuación.

La guerra continua contra la biosfera, la acción permanente sobre los ecosistemas y la intervención nunca antes vista sobre el territorio y el planeta están provocando una extinción sin precedentes en el devenir de la evolución biológica. Ya se

modificó y se sigue modificando a pequeña, mediana y gran escala el clima de la Tierra, la composición química y biológica de los océanos, el contenido orgánico de los suelos y la distribución de los ecosistemas, siempre en desmedro de los bosques y de la diversidad biológica que les es consustancial, y a favor de los pastizales, los paisajes agrícolas, los hábitats urbanos y, en últimas, los desiertos, que crecen y crecen a los pies de la sociedad sin que la inmensa mayoría se percate de ello.

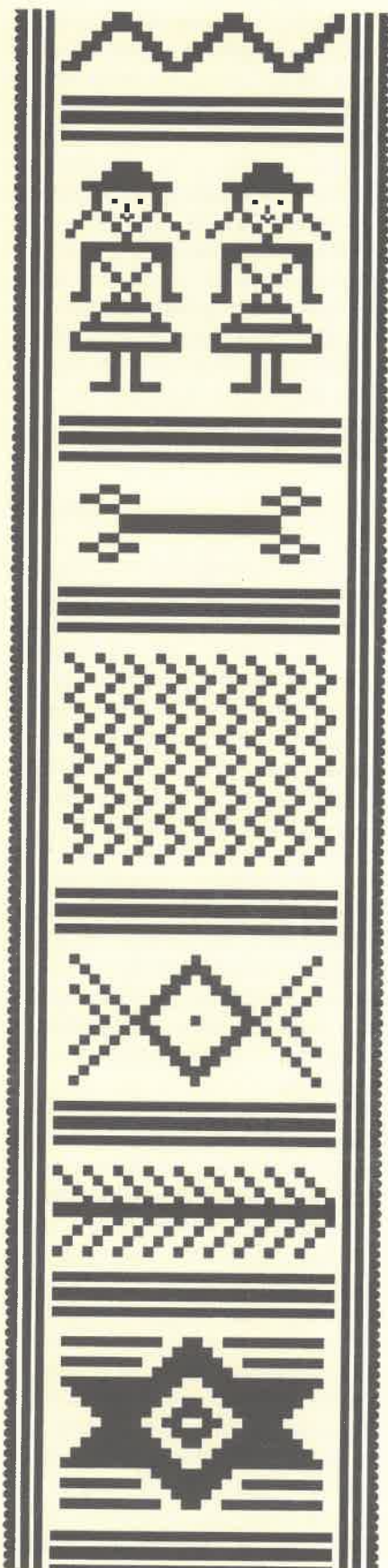
### Conclusión

Aun con el trabajo de innumerables personas estudiosas, seguimos desconociendo tanto el oculto pasado como el hermético futuro, y el presente se ofrece como el campo de batalla entre fuerzas ciclópeas que siempre luchan arrojadas en banderas circunstanciales para establecer certezas antañanas y futuristas. Sin embargo, podemos suponer que el futuro previsible se parezca al presente y al pasado apenas complejizados, pues, no avizoramos cambios significativos en las relaciones que configuran las comunidades, sociedades, naciones, confederaciones e imperios.

La proyección dominante de nuestro destino humano en el barrio, la patria y el planeta sigue siendo la guerra, concebida como instrumento privilegiado para resolver conflictos. Unos pocos seres, cuasi dioses encarnados, seguirán determinando el destino de inconmensurables mayorías que permanecerán sumidas en la dominación, el servilismo y la sublevación. De hecho, el imaginario presente en la literatura y el séptimo arte sobre el futuro de los terrícolas humanos poco difiere de lo que ha acontecido



Otto Dix. *La Guerra* (Tríptico, panel central). 1929-32, Óleo sobre madera.



hasta ahora entre nosotros. Allí se confirma la fatalidad de nuestra condición perpetua de amos depredadores y esclavos apresados en la humillación. La interacción que se proyecta con hipotéticas civilizaciones extraterrestres siempre está signada por la violencia, la guerra y el exterminio, igual que aconteció en la América precolombina con la imposición armada del dominio europeo, y como sigue ocurriendo entre nosotros.

Es a la culminación definitiva de esta guerra fratricida que debemos contribuir, guerra que lastra la existencia de todas y todos los habitantes de nuestra patria ensangrentada por la inequidad y la injusticia. Esta perspectiva exige que, desde cada ámbito de existencia, configuremos la paz como derecho humano fundamental.

Para que así sea, además de coraje, paciencia, comprensión, sabiduría y amor, es necesario conocer en profundidad las justificaciones de la guerra y develar el trasfondo del modelo de desarrollo que nos determina; desde la racionalidad, se requiere revisar y criticar las concepciones prevalentes, ya que al menos dan cuenta de una incoherencia absoluta con el bienestar social y la conservación de la naturaleza, pues, después de décadas de discursos sobre el desarrollo, sigue creciendo la pobreza y la destrucción masiva de la vida.

La construcción de una verdadera paz entre los integrantes de la sociedad y con los ecosistemas que les dan soporte, pasa por la transformación de las causas culturales de nuestro comportamiento bélico, motivada por un real compromiso a favor de la vida de las personas, grupos, sectores sociales y organizaciones políticas y económicas que

configuran el conjunto de la sociedad colombiana y latinoamericana.